

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.

Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital, id., 7 id.

REDACTORES.

D. Carlos Diaz Bolla.
Enrique Valdelomar Fabregues.
Carlos Franquelo Romero
Rafael Gracia y Parejo.
Benito Avilés Merino.
Rafael Garcia Vazquez.



COLABORADORES.

Srta. Garcia (D.^a Amparo.)
Sr. Avilés (D. Angel.)
Aragon (D. José M.)
Ballesteros (D. Manuel.)
Conde Souleret (D. Rafael.)
Delgado Lopez (D. Damaso.)
Fernandez Grilo (D. Antonio.)
Franquelo (D. Eduardo.)
Fuente de Quinto (Baron de)
Fernandez Ruano (D. Manuel.)

Sr. Gonzalez y Aurioles (D. Norberto.)
Illescas (D. Ricardo.)
Jover y Paroldo (D. José.)
Jerez Perchet (D. Augusto.)
Melendo (D. Rafael.)
Moreno Monroy (D. José.)
Navarro y Porras (D. Luis.)
Pavon (D. Francisco de Borja)
Power (D. Teobaldo)
Pavon (D. Rafael.)
Ramirez de las Casas-Deza (D. L.)
Ruiz y Garcia (D. Eduardo.)
Vieyra de Abreu (D. Carlos.)

SUMARIO.

Nocturno, por Carlos Vieyra de Abreu.—En un álbum, poesía, por Manuel Fernandez Ruano.—A tí. soneto, por José Moreno Monroy.—Variedades.—La flor del café, poesía, por Plácido.—Un sueño con la ciudad de Jauja, poesía, por Juan Martinez Villergas.—Misceláneas.—Pasatiempos.

NOCTURNO.

A LA BELLA Y DISTINGUIDA SEÑORITA DOÑA
SOLEDAD ***

Era una tarde de primavera; el sol ocultaba su disco de oro tras las siluetas de las montañas cuyas líneas nadaban en el horizonte como en un lago de púrpura; los pájaros cruzaban fugitivos en busca de sus nidos, despidiendo con su última canción al día; el cielo adornaba su frente con una diadema de amatistas y de topacios; el áura se dormía en las ramas del bosque; los arroyos se envolvían en sus sábanas de espumas, y el ruiseñor, el misterioso poeta de la noche, comenzaba á preluir el himno de la soledad.

Yo caminaba lentamente con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos fijos en la tierra, y el pensamiento en el infinito, y descendiendo hasta el borde de una extensa playa, me posé en una roca, inclinada sobre el agua, como un águila salvaje que se deja caer desde el espacio.

El crepúsculo comenzó á extinguirse: la noche tendió su manto sobre la tierra y las divinidades nocturnas entreabrieron sus ojos de estrellas. La luna se levantó silenciosa y des-

lizó sobre mi frente un rayo plateado, y en tanto que las sombras de la noche envolvían al mundo, mis párpados se cerraban lánguidamente.

Pronto mi espíritu se sintió conmovido por dulces emociones, y los fantasmas del sueño comenzaron á pasar silenciosamente por el cielo de la fantasía.

Ví descender desde la celeste altura, envuelta en transparentes nubes y en un carro de nácar y oro, una mujer hermosa, blanca como las espumas del Egéo, con la cabellera dorada como los rayos del sol de la India, y los ojos azules y transparentes como los lagos de Italia, dejando vagar por sus labios una preciosa sonrisa que hacia entrever una sarta de preciosas perlas entre lucientes corales; era Vénus. A sus piés un niño hermoso como ella, jugaba candorosa y maliciosamente á la vez: era Cupido: Vénus traía entre sus manos una corona de mirto para ceñir mis sienes; Cupido un arco flexible, y á sus espaldas una aljaba bien provista de flechas de oro.

La encantadora diosa se acercó á mi lado y me hizo respirar el suave perfume de su aliento, embriagando mi alma en un Océano de voluptuosidad, y me sentí trasportar á esas regiones fantásticas en donde son las imágenes del sueño las realidades todas de nuestra vida; en tanto que me elevaba en brazos de la deidad, una voz súbita vibró en mi oído y dominó el espacio con su imponente magestad; era la voz del cielo que me decía, despertándome:

—Escúchame: yo puse un rayo del sol en tus ojos para que vieses, rasga ese cendal que los vela: si cuando los ábres en todo su ex-

plendor apenas puedes distinguir la senda de tu destino sobre la tierra, cuando los tengas cerrados ¿cuál será la estrella que te oriente en tu peregrinacion por este valle? Con los ojos abiertos has tropezado, has caído, y has visto hundida en el légamo del mundo la frente destinada á reflejar los esplendores del cielo; la sima está abierta á tus piés y puedes caer como una roca desplomada al abismo; detén tu marcha, insensata y débil criatura, que caminas al azár; rasga la venda que te oculta las sombras de la tierra y los destellos del sol. Calló la voz, descendí rápidamente atravesando el espacio como un meteoro apagado; entonces volví á contemplar la tierra con sus risueñas colinas, sus flores perfumadas, sus pájaros armoniosos, sus ondas de colores. Una mujer como una hada se deslizó junto á mí levantando un leve murmullo á su paso; fijos mis ojos en los suyos, le coloqué mi corazón á sus plantas como una flor para engalanar su camino; sus lábios destilaban miel, pero en su corazón se ocultaba el veneno; ella me ofreció todos los goces del espíritu y de los sentidos, abría á mi vista un paraíso de felicidad, sentí á su lado resbalar las horas como las visiones de un sueño, y en la copa dorada del placer apuré el acíbar del desengaño. Seco el corazón me sentí desfallecer; mis ilusiones se marchitaban una á una como flores á las cuales niega la aurora su rocío y el sol sus rayos. Entónces maldije la hora en que el hombre se deja abandonar al impulso de sus placeres como una frágil barca que ha de ser deshecha por las tempestades; me incorporé sobre la dura roca, pasé la mano por mis cabellos y mi frente cubiertos de un sudor glacial, lancé un profundo suspiro, y al coordinar mis ideas y ver que todo había sido un sueño, no pude menos de sonreír.

—¡Bah, exclamé, he sido juguete de mi fantasía, que ha desplegado sobre mi frente quimeras y visiones imposibles, imágenes de un mundo que no conozco! ¡Mas ah! No, es la historia de mis años juveniles, las páginas del libro de mis amores que han ido alzando los géneos de la noche ante mi vista.

Apartado del verdadero camino de la felicidad yo la persigo sin poder alcanzarla: mis esfuerzos son inútiles; hay una doble corriente en mi corazón y parece que una mano de hierro me va empujando en esta senda de desesperacion y de lágrimas.

Me levanté de mi rústico asiento como un espectro de la tumba, y agitado por la fiebre del dolor, pensé que solo podía apagar la llama

de mi vida entre las aguas del Océano que dormía á mis plantas como un león encadenado. Al ir á arrojarme, una música melodiosa como el canto de una sirena vibró en mi oído, y me detuve á oírla enagenado. Una barca, aproximándose á la orilla, se deslizaba sobre las aguas movida por la blanca mano de una mujer. La luna se posaba en su frente, como una diadema de plata, y deslizábase por los pliegues de la túnica de gasa que la envolvía. El ruido del remo se unía al eco de su voz con armoniosa cadencia, y las olas le respondían arrancando los acordes más dulces á sus liras de cristal.

Ante aquella hermosa que avanzaba hácia mí, sentí que el horizonte de mi vida se ensanchaba, que las nubes de mi tristeza se desvanecían y la estrella de la fé y de la esperanza brillaba de nuevo suspendida en el cielo de mi alma.

—Ven, baja á mi barca, me dijo aquella voz simpática y vibradora; aquí se han refugiado las ilusiones que volaron de tu pecho; yo tengo para tí guardadas perlas en las olas y suspiros en el corazón.—Ven, tu amante te aguarda para verter en tu vida el bálsamo de la consolacion y la ternura. Baja á esta barca que ha de conducirte al puerto de la felicidad.

Al poco tiempo surcábamos las aguas, medidos por el soplo de los céfiros, y su alma se copiaba en la mía, como el cielo en aquella mar tranquila. Las horas del amor volvieron á rozar con sus álas mi frente; á cada vibracion de su voz se despertaba un eco en mi pecho que resuena eternamente. Ella ha ceñido mi frente de rosas, ha empapado de néctar mis lábios y ha iluminado de auroras mis ojos.

Nuestra vida es un himno constante; en la mañana le envió las protestas de mi fé en el susurro de las áuras, en el canto de las golondrinas, y en el rumor de los arroyos; por la tarde en el último aroma de las flores y en el último suspiro de las alondras; por la noche en los rayos de la luna y en las quejas de los ruiseñores. Y en mis sueños pienso que tus alas vienen á cubrir mis párpados y me llevas mecido en tus brazos á dormir en el seno de una blanca nube.

Aquella voz que oí en el cielo fué el eco que me despertó á la vida de la felicidad; al oírla abandoné mi senda extraviada, y me dirigí al umbral del paraíso, donde tú estabas; tú, mujer, para quien son todos mis suspiros y mis pensamientos; tú que me has hecho olvi-

dar todas las amarguras de mi existencia, que has encendido de nuevo la antorcha de la fé, que has enjugado todas mis lágrimas, que te has colocado á mi lado como un ángel tutelar y has hecho que bendiga esta tierra miserable, convertida a' soplo de tu amor en un eden y un cielo.

CÁRLOS VIEYRA DE ABREU.

Madrid.

EN EL ÁLBUM

DE LAS SEÑORITAS

**Doña Cristina y Doña Maria de la Encarnacion
Diaz Bolla.**

La hermosísima diosa de Chipre
Ligera surcaba
De la mar trasparente las ondas
En carro de nácar,

Y dejándose atrás las regiones
Que fueran su pátria
Vió brillar como brilla el Olimpo
Las costas de España.

A sus mansas palomas entónces
La tierra señala
Con sus dedos de rosa, exclamando,
«Volad á esas playas.»

Y en el puerto de Málaga bella
Despues desembarca,
Y extasiada de gozo recorre
Sus calles y plazas.

Ya el recuerdo no guarda de Troya
La reina del Asia
Y de Esparta y Atenas olvida
Los templos y estátuas.

Luego al ver las hermosas doncellas
Que con sus miradas
Aquel mágico eden iluminan
Atónita exclama:

«En mi bella flexible cintura
No moran las gracias
Que de aquestas divinas mujeres
Jamás se separan.»

Y á los piés de Cristina y Maria
Las flores derrama
Que los ricos jardines de Pafos
Llenan de fragancia:

Amorosa pretende cubrirlas
De olímpicas galas

Y de mirtos que engendra su aliento
Las teje guirnaldas:

A sus cuellos de cisne los brazos
Ebúrneos enlaza

Y esa voz que á los dioses conmueve
«Mis hijas:» las llama:

.....
Mas despues la gentil Citeréa
Advierte que en ambas
Han impreso su sello indeleble
Minerva y Diana.

MANUEL FERNANDEZ RUANO.

Á TÍ.

SONETO.

¡Qué hermosa estás! Tu nítida blancura
Semeja á la del cisne en manso lago,
Tu acento tiene un misterioso alhago
Y un encanto inefable tu ternura.

Tu mirada purísima fulgura
Produciendo en el pecho ardiente estrago
Y por tu lábio tembloroso y vago,
Se desliza un sonido de ventura.

Ámame como yo, neréida bella:
Solo en tí encuentro el amoroso encanto
Que vá esparciendo flores por mi huella:

Escucha sí, mi apasionado canto
Y de mi vida sé la blanca estrella,
Que disipe mi noche de quebranto!

JOSÉ MORENO DE MONROY.

VARIEDADES.

EXCESOS DE MODESTIA.

La escena pasa en la redaccion de un periódico.

Mientras los redactores fuman y escriben, y cuándo mas descuidados están, se cuela de pronto un señorito, que taconeá con fuerza, tiene el pelo rizado, abrochada la levita, y el sombrero en la mano.

—¿El señor director? pregunta.

—No está: contesta el redactor mas antiguo ó el mas moderno.

—Deseaba verle.

—No es posible; está muy ocupado.

—¿A qué hora podré...?

—Si es cosa referente al periódico, puede Vd. hablar con este compañero, que es...

—¡Ah, mil gracias!

Y sin oír más se dirige al aludido.

—¿Cónque V. es...:

—Si, señor; tome V. asiento y diga lo que se le ocurre.

—Caballero, yo soy doctor en leyes...

—Muy señor mio.

—Y empleado en el ministerio de Estado...

—Lo celebro.

—Con mil ochocientos escudos...

—Que sea enhorabuena.

Momentos de pausa.

—Pues bien; yo venia á molestar á V...

—V. no me molesta; cúbrase V.

—Mil gracias, estoy bien.... pues es el caso que yo soy sobrino de don Amadeo Terrajas, literato muy conocido en Atienza, y en los ratos de ocio que la oficina me deja, he compuesto una novela que desearia se publicase en este periódico.

—Caballero, por mi parte desearia complacer á V., pero es el caso...

—Ya, ya comprendo; está V. muy atareado y no puede ahora entretenerse en revisar el manuscrito, que....

—No es eso, sino que....

—Perfectamente, no se moleste V.; ahí le dejo el primer tomo, que puede ya empezar á publicar en el folletin, supuesto que mañana termina la novela de Ponson, que con tanto gusto he leído.

Y sin decir mas el angelito se despide.

El redactor entónces archiva ciento setenta cuadernillos escritos en letra muy metida, y tiene el valor de empezar á leerlos en la noche del mismo dia.

La novelita es ejemplar y castiza en el lenguaje.

En el primer capítulo hay un rapto, en el segundo un suicidio, en el tercero una señora casada emigra con un teniente de húsares, en el cuarto un hijo maldice á su padre.

El pobre paciente se guarda de leer el quinto, y sepulta el mamotreto en el segundo cajon de la izquierda de la mesa.

Pasan quince dias, y el periódico publica una obra del vizconde d'Arlincourt.

Asoma una mañana el sobrino de D. Amadeo las narices por la puerta de la redaccion, y flechadito se dirige á su víctima.

—Caballero, he visto que no *salia* mi produccion, y...

El aludido que quiere cortar por lo sano, se levanta, y dice en castellano puro:

—Señor mio, siento mucho no haber podido complacer á V. como quisiera: pero precisamente cuando V. dejaba aquí el primer tomo de su novela moral, *La Tumba de los Vivientes*, el director habia encargado la traduccion de la que V. ha visto.

—¿Y no podrá publicarse mas adelante?

—Lo dudo: la produccion que insertamos es larga; tiene siete tomos, y habrá folletin para tres años.

—¿Es decir que puedo llevarme mi tomo primero?

—Aquí le tiene V.

—Caballero, muchas gracias.

—No las merece.

El novelista, desesperado, sale de la redaccion echando venablos, renegando de los folletines, los periódicos, los directores y los redactores.

Pasan cuatro dias, al cabo de los cuales, el redactor que despachó al autor de *La Tumba de los Vivientes*, recibe el siguiente anónimo:

«Cavallero:

Es vstez un envidioso y un canaya; vstez desconoce el balor de la ynteligencia y sus haspiraciones infinitas, y solo la hintriga y el favor conquistan sus simpatias.

Peor para vstez, vstez morirá y el genio de los jóbenes nacies no bertera sobre su tumba ni una lágrima.

TANGREDO.»

El redactor se rie, y arroja á la chimenea el papelucho, á cuyo autor conoce.

Ocurrencias como esta, suceden con frecuencia en las redacciones de todos los periódicos.

Moraleja. Bienaventurados los que escriben, porque de ellos es el reino de los pacientes.

LA COLONDRINA.

(Leyenda turca.)

Cuando las aguas del diluvio cubrieron la tierra, Noé iba surcando por aquel inmenso piélago con un gran *caiq*.

Un *caiq* es una embarcacion particular, que sirve para cruzar las aguas del Bósforo de Constantinopla.

Los animales encerrados en la embarcacion iban descontentos unos de otros, y armaban unas marimorenas de mil *demontres*.

La embarcacion estaba á cada paso á punto

de zozobrar con los continuos combates de aquellos viajeros inquietos, y Noé se veía en los mayores apuros, no sabiendo á quien dar la razon.

Para colmo de desgracia, una rata, en el colmo de su furor, se puso á roer una tabla del caiq sin que nadie lo viese.

Apenas acabó su mala obra, cuando el agua empezó á entrar, y la nave se hundia por momentos.

Noé se vió apuradísimo: la serpiente entónces se arrastró hasta los piés del patriarca.

Era aun el tiempo, segun la cuenta de los turcos, en que las bestias hablaban, y la serpiente dirigió la palabra á Noé de este modo:

—¿Qué me das y salvo el caiq?

—Lo que quieras, dijo Noé.

La serpiente se arrolló sobre el agujero que habia abierto la rata, y el agua cesó de entrar: entónces vaciaron la nave y continuó flotando.

Al cabo de doce meses (sigue la cuenta de los turcos) cesó la lluvia, y el caiq se detuvo en la cumbre de una montaña.

Entónces la serpiente dijo á Noé:

—Ha llegado la hora de que me cumplas tu promesa.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero la mejor sangre de la tierra.

—¿Y como sabre yó cual es la mejor?

—Envia un mosquito que las chupe y nos lo diga despues.

Noé envió al mosquito, pero temeroso de alguna mala treta de la serpiente, dijo á la golondrina:

—Vé y espia al mosquito.

La golondrina obedeció; cuando volvia el mosquito le salió al encuentro, y le dijo:

—Hermano mio, ¿cuál es la mejor sangre de la tierra?

—La del hombre.

—Por Alá, hermano, déjame que la pruebe.

El mosquito alargó su lengua, á fin de dar á la golondrina una gota de sangre de hombre; pero la golondrina ¡crac! cerró el pico, y cortó la lengua al mosquito, quien se quedó sin poder hablar. Entónces empezó á volar, y en su dolor sólo podia zumbiar con aquel brrr, brrr, que desde su desgracia le ha quedado.

En esto llegó Noé.

—¿Cuál es la mejor sangre de la tierra?

—Brrr, brrr, fué lo único que el mosquito pudo responder.

Noé comprendió lo sucedido, y se sonrió; la serpiente, irguiéndose irritada, dijo al mosquito:

—¿Cuál es la mejor sangre de la tierra? ¡Contesta pronto!

Pero el mosquito sólo pudo decir:

—Brrr, brrr.

—¡Habla! repitió la serpiente vibrando su lengua venenosa.

El mosquito entónces abrió la boca y enseñó la lengua mutilada.

—¿Quién te ha puesto así? preguntó el reptil.

El mosquito señaló á la golondrina; entónces la serpiente se arrojó sobre ella, pero el ave huyó el cuerpo, aunque no tan pronto que el reptil no la hubiese cogido por la cola, parte de cuyas plumas quedaron entre los dientes de la culebra.

Desde entónces la golondrina tiene la cola en forma de horquilla.

LA FLOR DEL CAFE.

Prendado estoy de una hermosa
Por quien mi vida daré
Si me acoje cariñosa,
Porque es cándida y hermosa
Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus lábios se vé,
Y son sus menudos dientes
Blancos, parejos, lucientes
Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
Y le dije: «¿Me amas, Flora,
Y más cantarés te haré
Que perlas llueve la aurora
Sobre la flor del café?

Ser fino y constante juro;
De cumplirlo estoy seguro;
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
Como la flor del café.»

Ella contestó al momento:
«De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
Como la flor del café.

Mientras sus almas fogosas
Nos juran eterna fé,

Nos llaman ninfas y diosas,
Mas fragantes que las rosas
Y las flores del café.

Mas cuando ya ha conseguido,
Cua! céfiro que embebido
En el valle de Tempé,
Plega sus alas dormido
Sobre la flor del café.

Entonces, abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
Yace la flor del café.»

Yo repuse: «Tanta queja
Suspende Flora, porque
Tambien la muger se deja
Picar de cualquier abeja
Como la flor del café.

Quiéreme, trigueña mia,
Y hasta el postrimero dia
No dudes que fiel seré:
Tú serás mi poesia
Y yo tu flor de café.»

Suspiró con emocion,
Calló, miróme y se fué,
Y desde tal ocasion,
Siempre sobre el corazon
Traigo la flor del café.

PLÁCIDO.

UN SUEÑO CON LA CIUDAD DE JÁUJA,

DONDE SE COME SE BEBE Y NO SE TRABAJA.

Por D. Juan Martinez Villergas.

En un cuarto oscuro, pintado de adove,
Que por lo funesto de su suerte vil,
Ni alumbran de dia los rayos de Jove,
Ni mas luz de noche que un viejo candil;
Que nunca con telas ha sido adornado
Mas que las arañas que en torno se ven;
De enormes rendijas tan bien pertrechado,
Que jaula de loro parece mas bien.

De insectos crueles fatidico enjambre
Que clavan do quiera su inícuo rejon,
Sin mas cuadro al vivo que el cuadro del hambre
Ni mas blando lecho que un tosco jergon:

Henchida la mente de melancolía,
No sé si tentado de Dios ó Luzbel,
Tendido yo anoche. feroz maldecia
Los crudos rigores del hado cruel.

Trivial desahogo, recurso ligero,
Que nunca de un triste la pena calmó,
Si con maldiciones viniera el dinero,
Ni Creso tuviera mas oro que yo.

Lanzarme en los mares pensaba iracundo,
Buscando otro mundo cual nuevo Colon;
Mi plácido hallazgo, si busco otro mundo,
Será en los infiernos algun coscorrón.

Las letras cursando, subir á otra esfera
Menos azarosa juzgué conseguir;
¡Maldito proyecto! Si quiero carrera,
Tal vez de baquetas me la hagan sufrir.

En ser periodista pensé, bobería.
Que equívocos uso, y es rara aprension
Travar en la calle, de noche ó de dia,
Las explicaderas de un rudo bastón.

Entre otros fatales, dos mil desatinos,
Pensé en el comercio, ¿mas dónde el metal?
Ni para una caja de fósforos finos,
Presumo que alcance mi pobre caudal.

De Sierra Morena tocar el registro
Pensé; pero ¡chucho! que hay esposicion;
De echarme á esa vida me haria ministro
O comisionado de amortizacion.

Si algun arte emprendo, ni el de la cocina
Estúpida entiende mi chola fatal,
Si pienso en la Iglesia, mi mente adivina
Que antes de vicario me harán cardenal.

A nada me avine, porque es gran tormento
Que en todos los ramos hay que trabajar
Y está averiguado que á mi pensamiento
Tan solo le cuadra la ciencia de holgar.

Y en los deleites pensando
De la encantadora holganza,
Que es la mejor de las dichas,
Y la mayor de las gracias,
Cerró el cansancio mis ojos,
Y con rapidez estraña,
En alas de un dulce sueño
Llegue á la ciudad de Jauja.

Por que es el sueño un remedio
De tan benigna eficacia,
Que siempre torna en dulzuras
Los sinsabores del alma.

Y es fama que siempre sueñan
Trocando efectos y causas,
Los ricos con sobresaltos,
Los pobres con esperanzas.

Llegué, pues, á esa ciudad
Que solamente soñada,
Las aficciones acorta
Y los colmillos alarga.

A esa ciudad deliciosa
Que solo de imaginarla
No hay en el orbe cristiano
Que pueda con su galbana

A esa ciudad deliciosa
Cuya pintura nos pasma,
Cuando avivando el deseo
Nos hace la boca un agua.

¿Quién de la niñez adusta
Sabe mitigar las lágrimas
Sin referir los portentos
De la gran ciudad de Jauja?

¿Qué pobre pide limosna
Sin abrigar la esperanza
De que hallará tarde ó presto
Alguna ciudad de Jauja?

¿Qué artista español, habiendo
Tanta afición á la Francia
No piensa buscar asilo
En la gran ciudad de Jauja?

¿Qué poeta escribe versos
Si hay traductores de dramas
Que le envían á ganar
Laurel y dinero en Jauja?

¿Qué viudas y qué cesantes
Si no les dan para magras
No piensan hallar también
Alguna ciudad de Jauja?

¿Qué doncella desprovista
No espera hallar algún maula
Aunque se haga en Alcorcon
Y haya de buscarle en Jauja?

¿Y qué haragan, finalmente
Si el trabajo le acobarda
No sueña despierto y todo
Con la gran ciudad de Jauja?

Y viendo yo tal que sudo
Cuando el prójimo trabaja
Por eso en Jauja cavilo
Por eso sueño con Jauja.

Por eso marché soñando
A dar tormento á mis ansias,
Grato descanso á mi cuerpo,
Dulce trabajo á mis ganas:

Y por si alguno se atreve
A hacer una caminata,
Allá vá de cuanto ví
Una descripción exacta.

En un extenso campo de bizcocho,
Cuyo temperamento, siempre sano,
En invierno no baja de los ocho
Ni sube de los quince en el verano;
De cuevas, cerros y montañas mocho,
De lagos, bosques y pinares lleno;
De su grata y espléndida vision,
Ostentando mas pompa que el jabon;

Se asienta Jauja con fulgente brillo,
Admiracion de la lejana Europa,
Cual en la mesa el plácido membrillo,

Cual néctar dulce en cristalina copa.
Cual sobre el agua el blando azucarillo,
Cual sobre el vino la exquisita sopa
Y como la canela esparramada
Sobre la rica leche amerengada.

Prados de almibarada y fresca yerba,
Con montones de azúcar los rastrojos;
Estanques mil de frutas en conserva;
Valles que dan confites por abrojos.
Tanta dulzura, en fin, allí se observa,
Que la ciudad de Jauja fué á mis ojos,
Mas que ciudad galana y pintoresca,
Una confitería gigantesca.

Tienen las calles, á cordel tiradas,
Un solo arroyo, el suelo empiñonado,
Las aceras al piso niveladas
Con seis varas de anchura en cada lado;
Estas son de pasteles y empanadas,
Que hacen abrir la boca al desganado;
Y por corresponder á tanto dengue,
Cada guarda-canton es un merengue.

Templos y casas, vanidad del gusto,
Tienen de azúcar-piedra los cimientos;
De nácar la pared, grueso y robusto
Balconaje, el mayor de los portentos,
De oro y plata maciza, y aquí es justo
Que oigan con atención los avarientos;
Planos diamantes son y perlas planas
Los tejados, las puertas y ventanas.

Tiene el castillo puertas y fachada
De pechugas de pavos y capones;
Los fosos son arrope y miel rosada;
Banderas de chorizos y jamones;
Las torres de jalea y de perada;
De mazapan soldados y cañones,
Y alrededor, tan alta como gruesa,
Larga muralla de turrón de fresa,

Y ya que toda la ciudad describo,
Fuera injusto olvidarme de su gente,
Y el gobierno y costumbres, que á lo vivo
Debe imitar toda nacion prudente,
Y por si pega lo que yo concibo,
No será inoportuno que algo cuente
Mi númen tan insulso como eterno
De las gentes, costumbres y gobierno.

Rubios como los hijos de Moscovia,
Fieros los hombres son al par que bellos;
Ni el uso afeminado los agobia,
Ni en desaliño van como camellos:
Jamás se desafían por la novia,
Bien es verdad que tienen todos ellos,
Para dar rienda suelta á sus placeres,
Donde escoger á miles las mujeres.

Bellas las hembras son cuanto lujosas,
Sin enseñar el cuello, pierna ó codo:
Aman con frenesí sin ser celosas

Y tratan á los hombres con buen modo:
Guardan secretos, aunque en pocas cosas,
Y no son pedigüeñas, sobre todo;
Bien al revés, al par que sandungueras
Con el necesitado limosneras.

No hay ente ruin que en zángano saludo
Se ponga allí ni á los pies ni á la cabeza;
Ni como aquí con ánimo sañudo
Se besa una belleza á otra belleza
Dejando al hombre patitieso y mudo;
Nada de eso; con intima franqueza,
Y el cariño mas recto y mas profundo,
Sin distincion se besa todo el mundo.

Solo gobierna cada cual su casa
Y solo á su cuidado se limita,
Y como allí ninguno se propasa,
Ni rey ni Roque el pueb'o necesita.
Por eso goza libertad sin tasa;
Y aunque en calles y plazas nunca grita
No hay un bajá que sus derechos huelle
Ni sultan que en carroza le atropelle.

Todo es allí maestro, hasta las llaves:
Como no friegan, no hay un mal fregado;
Casas ventilan, no negocios graves;
Confesores absuelven, no el jurado.
Aunque tiene el Estado muchas naves
Ignoran lo que es nave del Estado,
Y nunca han visto córtes ó embelecós
Sino de pantalones ó chalecos.

No hay peon que ande mal, aunque no
(chico

De cordel maragatos á peones;
Porque si los peones tienen pico,
Un maragato tiene al fin calzones
Como el hombre mas pobre vive el rico;
No hay por trabajo ruines conmociones,
Valen bienes sus bienes nacionales,
Que aquí son bienes y producen males.

Pero no manifiesto ser astuto
Con este discurrir, que es evidente
Unos le temerán por disoluto
Y otros le tacharán de disolvente.
No me corro por eso ni me inmutó;
Mas no quiero pecar de impertinente,
Y por si el cuerpo pide otro recreo,
Mandemos el espíritu á paseo.

(Se continuará.)

MISCELÁNEAS.

Pasando por Lyon el conde de Alet, fué presentado al teniente general del rey que, no conociéndole, le recibió con altivez, y le dijo:

—¿Llegais de París? ¿Qué dicen en aquella ciudad?

—Misas, respondió el conde.
—Ya lo entiendo; pero ¿cuál es el ruido que más circula?

—El de las carretas y los coches.

—Lo que os pregunto es qué hay de nuevo.

—Guisantes.

—Señor mio, exclamó el teniente general amostazado: ¿cómo os llamais?

—Los tontos de Lyon me llaman señor mio; y en París el conde de Alet.

*
*
*

Un gallego soñaba.

Estaba hablando con Santiago.

—¿Quieres mil duros? le decia este enseñándole un paquete de billetes.

—¡Oh! Sí, señor.

—¿Los quieres en oro ó en billetes?

—En *oru*.

—Pues espera, que voy á cambiar estos. En esto despertó, y dijo lanzando un suspiro.

—Ojalá los hubiera *tomadu* en billetes.

PASATIEMPOS.

CHARADAS.

Primera repetida
dicen que es nombre
de un mozo á quien tercera
mucho conoce.

Nota es segunda,
y el todo es una planta
que mucho abunda.

L.

Mi primera son dos letras
y mi segunda otras dos,
iguales en son y en forma
iguales en forma y son;
y mi todo es la palabra
con que á un niño llamo yo,
y con que todos le llaman
por costumbre ó por amor.

X.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

INMUNDO.—NIÑA.

CÓRDOBA.—1873.

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonáicas, 4.